

EL ETERNO ESTANCO DE LOS LIBROS



**Amadeo
Petitbò**

Catedrático de Economía Aplicada

El pasado día 23 se celebró, como es habitual, el *Día del Libro*. De acuerdo con los medios de comunicación, dominó la euforia y ésta se tradujo en un aluvión de personas interesadas en participar en la fiesta. También fue relevante el incremento de las ventas que, al parecer de algunos, podría situarse en un 10 por ciento. Esta era la cuestión relevante. Los bajos índices de lectura en España quedaron aparcaados y, como es habitual, el optimismo superó todos los records, sobre todo en la ciudad de Barcelona.

Como ha sucedido en otras ocasiones, se explotó la efeméride para no perder ripio político. No interesó tanto la cultura, los índices de lectura, la capacidad de comprensión, el dominio del lenguaje o cuestiones similares, como el beneficio político. En efecto, el gobierno de la Generalitat aprovechó la coyuntura y, por pedir que no quede, se comprometió a solicitar a la Unesco que declare la *Diada* Patrimonio inmaterial de la humanidad. Se pre-

tende que "un día" se convierta en patrimonio global aunque se demuestre que la adquisición de libros, y la correspondiente lectura, no son una actividad continua. Ahora, lo local quiere elevarse a la categoría de universal. Dicho esto, lo conveniente sería que hubiera muchas *Diadas*, todas relevantes, para crear un auténtico patrimonio universal. Personalmente, me preocupa que en España la efervescencia libresca sea tan efímera; de vuelo gallináceo. ¿Por qué en las grandes

ciudades, no se fomenta dicha efervescencia? Ganaríamos todos y el concepto de Patrimonio alcanzaría la dimensión que merece. Dicho esto, me gusta el *Día del Libro*.

En alguna ocasión me he referido a la pertinencia de celebrar el día del lector. Debería ser un día en el que el precio de los libros debería ser libre y

no, como ahora, sometido a un tacaño descuento máximo del 5 por ciento. Eso sí, con alguna excepción como la del *Día del Libro*, en el que libreros y editores sueltan un poco su tacañería y el descuento se sitúa en el 10 por ciento. Un incremento porcentual notable dirían algunos. Pero escaso si se considera que los costes de intermediación superan el 50 por ciento. Hay margen para competir en precios todos los días del año.

**La competencia
en el sector editorial
permitiría bajar
los precios un 20%
o incluso más**

Pedir la libertad de precios de los libros puede parecer que va contra la cultura y contra la historia. Lo primero es falso pero lo segundo no lo es. Empiezo por la cultura: si hay competencia en precios, éstos se reducirán y, en consecuencia, la demanda y la lectura aumentarán, preludio de más cultura y conocimiento. Negarse a liberalizar es apostar contra la cultura y el progreso. Es hacer daño a la sociedad.

Si va contra la historia pues el libro ha sido, tradicionalmente, un producto estancado sometido a censura. Sabemos por Sandra García Pérez que la Inquisición, de forma no oficial, fue la responsable de la censura a partir del año 1478: las licencias de impresión, con el debido control, fueron la norma. Felipe V endureció el control, pero Carlos III combinó el control con la libertad de precios y la eliminación de los privilegios de impresión. El objetivo perseguido era, justamente, la reducción de los precios, pero para evitar que determinados libros de "primera necesidad" se encarecieran, siguieron estando tasados por el Estado. La libertad de escribir, imprimir y publicar fue reconocida por las Cortes de Cádiz pero dicha libertad fue efímera pues el *Rey Felón* la

**No se entiende que
el Gobierno no
cambie la normativa
para liberalizar
el mercado del libro**

abolió de nuevo. Triste secuencia. Estas referencias ponen de manifiesto la voluntad intervencionista sobre los libros. En unos casos, para controlar su contenido. En otros, para asegurar privilegios de unos pocos, sean éstos editores o libreros.

Ahora, en España, en plena sociedad de la información y con una población formada, no se entiende que el Gobierno no impulse un cambio normativo dirigido a liberalizar el mercado del libro en beneficio, sobre todo, de los lectores y de los operadores económicos eficientes. Prefiere el estanco privado en el que el precio final es fijado por el editor y, considerando tan sólo los aspectos mercantiles, tan pernicioso como lo fue el estanco público.

La escasa experiencia en el propio mercado del libro y en otros mercados liberalizados revela que, con competencia, los precios de los libros se reducirían en porcentajes iguales o superiores al 20 por ciento, fomentando la demanda, la lectura y, en última instancia, la competitividad de nuestra economía. Espero celebrar el *Día del fin del estanco de los libros*. Este día llegará y ojalá no sea demasiado tarde. El estanco causa un gran daño a la mayoría en beneficio de unos pocos; y esto no es justo.